

esta suerte podía emprenderse á las tres semanas el ataque con 384,000 hombres, quedando 100,000 hombres para refuerzo inmediato.

Este plan, trazado en el invierno de 1868 á 1869, fué reizado exactamente en julio de 1870.

Mientras las tropas permanentes eran movilizadas en sus acantonamientos de paz y recibían las reservas y sus pertrechos de campaña sin la menor impaciencia, desórden ni precipitación, todo exactamente conforme al plan adoptado, se prepararon los ferro-carriles al transporte de grandes masas de tropa movilizada, pudiendo comenzar este transporte sin la menor turbación ni detención, y desde entonces se sucedieron noche y día trenes innumerables. En cada coche había un gran letrero que decía: «Mercancías de gran velocidad para París,» y en todos los coches resonaba invariablemente la canción patriótica de la guerra santa con el estribillo consolador: «Patria querida, puedes estar tranquila, la guardia del Rin es leal y firme.» El 3 de agosto habían concluido los tres ejércitos su traslación, y 384,000 hombres estaban dispuestos á invadir el territorio francés, sin que el enemigo sospechara siquiera dónde estaban y adónde iban á dirigirse. La prensa alemana no había revelado absolutamente nada de la grande obra realizada entre el 23 de julio y el 3 de agosto; pero en cambio un oficial del estado mayor alemán, el comandante Krause, había conseguido averiguar toda la disposición estratégica de los franceses, con tanta exactitud y rapidez que era ya conocida en el ejército alemán el 24 de julio y quedó confirmada despues en sus menores detalles.

Cuando el rey Guillermo reunió el 31 de julio á todos sus ministros para despedirse de ellos al marchar al ejército, pudo calcularse con exactitud hasta la hora en que terminó la traslación y reunión de las fuerzas en la frontera. Habiéndose despedido de sus ministros, dirigió á su pueblo la segunda alocución en estos términos: «A mi pueblo: Partiendo hoy para el ejército á luchar con él por el honor de Alemania y por la conservación de nuestros mayores bienes, concedo, en atención al levantamiento unánime de mi pueblo, una amnistía para crímenes y delitos políticos. He encargado al ministerio de Estado que me presente el decreto correspondiente para firmarlo. Mi pueblo sabe, como yo, que el quebrantamiento de la paz y la enemistad no han procedido de nosotros; pero una vez retados, estamos decididos á aceptar la lucha como nuestros mayores para salvar la patria con la firme confianza en Dios.»

El mundo no supo entonces hasta dónde aprovecharon la amnistía los oficiales de la legión hanoveriana, que se hallaban en París sin recursos, por haberles abandonado á la miseria su rey, por el cual lo habían sacrificado todo y no podían regresar á Alemania por estar sentenciados por los tribunales prusianos como reos de alta traición. El consejero hanoveriano Meding, á quien su rey había pagado también sus sacrificios con ingratitud, salió el 24 de julio de París, atravesando todo el país, donde observó con asombro la indescriptible confusión con que eran enviadas las tropas francesas hácia la frontera. Vió tropas sin oficiales, caballería sin caballos, artillería sin cañones, y en todas partes gritos, denuestos y confusión en aquellas masas sin jefes ni órden. Los compatriotas de Meding respondieron á sus exhortaciones para que no tomasen las armas contra su patria, diciendo que no tenían otro recurso sino hacerse matar ó morir con honor, pero al fin prometieron mantenerse inactivos y no hacer nada que pudiera imposibilitar para siempre su vuelta á la patria. A su regreso á su domicilio en Suiza, á orillas del lago Thun, recibió Meding por vía del embajador prusiano en Berna, un telegrama de Bismarck, que le invita-

ba á Berlín; y acompañado de un oficial prusiano atravesó el 28 y 29 de julio el ejército alemán, que ofrecía un cuadro muy distinto del francés, que Meding acababa de ver. En todas partes vió un órden severo, y serenidad prudente y tranquila, muy distante de las ciegas fanfarronadas que había visto en el ejército francés. Llegado que hubo el día 30 á Berlín, fué recibido por el conde de Bismarck el mismo día ya muy entrada la noche. El canciller le dijo que había hecho prender en Hanover al conde de Vedel y algunos otros señores para impedirles que labrasen su propia desgracia, y que le suplicaba que contribuyera á la gran lucha nacional impidiendo las intrigas de los partidarios del ex-rey de Hanover, que serían castigadas con la severidad inexorable de la ley de guerra. Meding contestó que él y los oficiales de la legión hanoveriana se hallaban desde meses completamente separados del rey Jorge, el cual estaba en la mas completa impotencia para emprender nada hostil ni directa ni indirectamente, y que los oficiales de la legión que se hallaban en París le habían prometido abstenerse de toda participación hostil en la guerra. Bismarck expresó su satisfacción y se conquistó en esta entrevista las simpatías de aquel hombre, que desde mucho tiempo le había hecho sañuda guerra de intrigas. Sobre esta entrevista dice Meding en sus memorias: «Su actitud (de Bismarck) en tan grave instante, su decisión de hierro, que sin la menor fanfarronería mostraba la firme convicción de la fuerza y la confianza en el triunfo final, me llenó de admiración, tanto mas profunda, cuanto mas triste era la impresión que había recibido en París. No admiré menos la benignidad que nos mostró el poderoso adalid del pueblo alemán, que no conocía obstáculos, á pesar de que nosotros no podíamos en las circunstancias de entonces hacerle gran mal.»

Meding dijo al canciller que la conducta suya y de sus amigos era solo efecto del deseo de cumplir honrosamente con sus deberes de lealtad hácia su infortunado soberano, á lo cual le contestó Bismarck que desde el año 1866 se hallaban ambas partes en un conflicto trágico, porque cada una tenía razón desde su punto de vista; que él respetaba á todo adversario que procedía conforme á sus convicciones, y que por lo mismo deseaba preservar á los hanoverianos de las gravísimas é inexorables consecuencias de una conducta funesta. Entonces pintó Meding la terrible situación de los oficiales hanoverianos en París, sin recursos, sin patria, sin porvenir y sin esperanza; y diciendo esto observó en la fisonomía grave del canciller la compasión mas sincera, que expresó él mismo en los términos siguientes: «Siento verdaderamente la situación triste de esos señores, cuya conducta respeto personalmente, por mucho que la lamente y que políticamente la condene. Quiero serles útil, si bien hoy no puedo decir lo que podré hacer por ellos; he de presentar el caso primero al rey, pero esté usted persuadido de que haré lo que pueda.»

Al día siguiente, 31 de julio, comunicó Bismarck á Meding que el rey estaba dispuesto á dar á cada oficial y al señor Meding una pensión vitalicia de 1,200 talers, además de la amnistía completa, que ya estaba otorgada en general.

Meding no encontró palabras con que expresar su gratitud y rebotando de satisfacción volvió á Suiza, acompañado por el mismo oficial. Allí se reunieron todos los oficiales hanoverianos y oyeron tan buena noticia, confirmada oficialmente por el general Roder; teniendo en cambio solo que dar su palabra de honor de no emprender jamás nada contra la Prusia. Dieron esta palabra muy contentos, y el embajador por su parte les dijo que el rey también estaba satisfecho de haber podido zanjar una cuestión tan sensible de un modo tan honroso.

dió: «Los males inseparables de una guerra entre Alemania y Francia, en el centro de la civilización europea, hacen de la presión ejercida sobre la Alemania para obligarla á la guerra un crimen que se comete contra los intereses de la humanidad. Así lo ha comprendido la opinión pública en Alemania, y lo atestigua la excitación del sentimiento nacional alemán. No queda otra alternativa mas que la guerra ó que el gobierno de Francia dé garantías contra la repetición de amenazas análogas á la paz y al bienestar de Europa.»

En nombre de todo el consejo federal pronunció el barón de Friesen, representante plenipotenciario de Sajonia, la entera conformidad con todos los pasos dados hasta entonces por la presidencia de la confederación y con el modo de ver expresado por la Prusia. «La Francia quiere la guerra. Que se haga, pues, lo mas rápida y vigorosamente posible.»

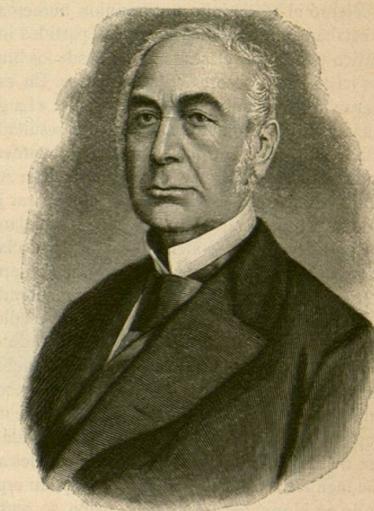
El 16 de julio, primer día de la movilización del ejército de la Alemania del Norte, fué también el primer día de una fraternización de todos los partidos, de todos los pueblos y clases del pueblo alemán, y de la entusiasta alianza de los soberanos y pueblos de la Alemania del Sur con la federación de la Alemania del Norte; en fin, fué el primer día también del estallido de un entusiasmo belicoso y patriótico en la prensa alemana como jamás se había visto.

Enrique Krusen dijo al fin de una excitación á las armas, que publicó en la *Gaceta de Colonia*: «No le tendrán el libre Rin alemán. ¡Alzáos vosotros, valientes prusianos del Este, que habitáis en las lejanas costas de ámbar y que abristeis la lucha por la independencia de 1813! ¡Levantáos también vosotros, suabos valientes, que en otros tiempos llevasteis la bandera de ataque del imperio y luchasteis en primera fila! ¡Arriba habitantes de Silesia, que enrojecisteis las aguas del Katzbach con sangre francesa! ¡Arriba hanoverianos, vosotros que peleasteis con gloria en la península ibérica contra el viejo tirano, el cual ahora demuestra de nuevo cuán rabiosa y abominablemente se equivoca al creer que uno solo de vosotros pueda desertar de la bandera cuando se ha de marchar contra el enemigo hereditario! ¡Salid de vuestras montañas, vosotros bávaros belicosos desde antiguo; y vosotros turingios y hessenses, salid de vuestros bosques y haced dignos de vuestros antepasados; y vosotros sajones, alemanes legítimos, que espontáneamente arrojasteis la vergonzosa servidumbre francesa y pasasteis llenos de júbilo á las banderas alemanas! ¡Arriba todo lo que se llama alemán, y acudid al Rin, al sagrado Rin, si pudiese ser en alas del viento! Aquí hacemos todo lo que podemos; ricos, pobres, viejos y jóvenes acuden á las banderas; se cierran las clases superiores de la segunda enseñanza, porque hasta los muchachos, llenos de ira, quieren luchar por el honor de su rey y del nombre alemán. ¡Oh Ernesto Mauricio Arndt, si tus ojos hubiesen visto esto sabrías que no en vano has vivido! ¡También nosotros podemos exclamar ahora: Esta es una cruzada, una guerra santa!»

Por la parte de la izquierda anunció el partido del progreso su unión á los patriotas. Este partido había luchado cuatro años contra la organización nueva del ejército prusiano, organización que había pasado á ser la del ejército alemán; despues había seguido irritado durante cuatro años, porque había sucumbido en la lucha; pero á la sazón, su comisión electoral directiva publicó una proclama en la cual dijo: «Puede condenarse la guerra en general, y nosotros nos enorgullecemos de pertenecer al partido de los que condenan la guerra; pero desde el instante en que un vecino temerario é insolente ha exigido de nuestro gobierno, sin motivo ninguno, una cosa injusta y humillante, no nos queda otro camino sino hacerle entender la razón con la espada en la mano y asegurar así la existencia y el honor de nuestra pa-

tria. El pueblo alemán ha reconocido como suya esta misión y estamos seguros de que la cumplirá brillantemente.» Este era un lenguaje valiente y caballeresco, y fundada también era la fe en el triunfo de la causa justa; fundada justamente porque en los últimos ocho años nada de lo que había querido este partido se había realizado y porque el rey Guillermo no había sacrificado á este partido la reorganización del ejército ni había atendido á su proposición de desarme.

Por la parte de la derecha recibió la patria amenazada una aclamación mas calurosa. *El Mercurio de Westfalia*, el periódico del partido clerical, publicó en letras grandes un artículo de fondo lacónico, que solo decía: «La Francia declara á la Prusia la guerra. Nosotros contestamos: *No lo ten-*



Simson, presidente del parlamento alemán
(según fotografía)

drán el libre Rin alemán (1), y esta contestación repetiremos mientras sintamos en nuestro pecho aliento, y esta contestación confirmaremos con mandobles mientras corra por nuestras venas una gota de sangre alemana.»

En Baviera, en Baden y en Hesse-Darmstadt se dió el mismo 16 de julio la órden de movilización. Eran estos países de la Alemania del Sur los mas inmediatos, cuya pretendida independencia se habían propuesto conseguir los monarcas de tres grandes potencias. Impresionó profundamente al emperador de los franceses que estos tres países se declarasen en favor de la Prusia, á quien el gobierno de París había querido aislar de la Alemania del Sur. Cuando el rey de Wurtemberg regresó á su capital á toda prisa de San Mauricio y siguió el día 17 el ejemplo de sus vecinos, no hubo ya duda de que el emperador de los franceses no tenía que esperar nada de la antigua confederación riniana, cuyos países habían sido el teatro favorito de las intrigas francesas. Aquella Alemania con la cual Napoleón había contado en sus ensueños políticos, no existía ya, y lo que sus soberanos hicieron, fieles á los deberes que les imponía el convenio del mes de agosto de 1866, fué el cumplimiento de lo que exigía de ellos la opinión pública sobrecitada de sus pueblos. Allí también los partidos cesaron en sus contiendas por amor á la patria. El periódico principal del partido democrático de Baden, *La Nueva Gaceta de Baden*, publicado en Mannheim,

(1) Primer verso de una célebre canción patriótica. (N. del T.)

declaró que no estallaba una guerra prusiana sino una guerra alemana, y que el resto de Alemania tomaría parte en la lucha no por la Prusia sino con la Prusia contra el perturbador más inicuo de la paz que el mundo había visto desde el primer Napoleón. «*Posímur*. Aquí se nos presenta el primero y supremo deber, y lo que hasta ahora estuvo separado como partido únase ahora enfrente de un enemigo que amenaza la libertad y el bienestar, no solamente de su propio país, sino también del nuestro. Concedamos tregua á nuestros adversarios de la derecha y de la izquierda; nuestro santo y seña sea *aleman y union firme*.»

Desde las elecciones para el parlamento aduanero era considerada Stuttgart como la fortaleza principal de los adversarios unidos de la confederación del Norte, y en esta misma ciudad se celebró el 16 de julio una reunión numerosísima en la cual estaban representados todos los partidos incluso el democrático y todas las clases sociales, desde los braceros y artesanos hasta los profesores y los ministros. En esta reunión se resolvió por unanimidad lo que sigue: «La guerra entre Francia y Prusia es guerra nacional. Su resultado decidirá del porvenir de nuestro pueblo. Ha sido provocada por la Francia con un pretexto vano para reducir la Alemania á su antigua impotencia y división y para separar países alemanes de la patria común. En una guerra semejante no debe haber partidos entre los alemanes. Ha llegado la hora de prueba para los tratados de alianza. Del gobierno de Wurtemberg esperamos especialmente que se mantendrá firme en favor de la causa alemana, con todos los medios y á todo evento. El pueblo estará vigorosamente al lado de un gobierno que se muestre alemán en tiempos de prueba.»

El partido popular de la Alemania del Sur prescindió completamente en Baviera como en Wurtemberg de cuanto le había separado del partido liberal nacional, acordándose únicamente de lo que era común á todos los partidos alemanes. En una manifestación que este partido popular organizó el 16 de julio en Nuremberg, en cuya ocasión se reunieron 4,000 personas, declaró: «1.º Enfrente de la guerra que la Francia acaba de declarar inicuamente á la Prusia, nos consideramos unidos solidariamente con todo el resto del pueblo alemán. 2.º Nuestro gobierno ha llamado ya toda la fuerza del pueblo bávaro para la protección de la patria común. Esperamos que nuestra representación concederá unánimemente todos los recursos para la ejecución enérgica de la guerra. 3.º Esperamos de nuestra juventud apta para las armas que en este tiempo de peligro se pondrá á disposición de la patria, y de nuestros demás conciudadanos que harán todos los sacrificios posibles para sostener la independencia é inviolabilidad de la tierra alemana.»

En todos los corazones hubo un entusiasmo y una elevación de miras como si se quisiese borrar en un solo día todo recuerdo de aquellos tiempos en que el mundo se preguntaba con formalidad si existía de veras un pueblo alemán unido en ambas orillas del Mein, un pueblo que tuviera un mismo honor y un mismo derecho y que estuviera decidido á defender el honor y el derecho comunes á costa de su sangre y de sus bienes. Esta pregunta quedó contestada con un entusiasmo que despojó de la imponente figura del pueblo alemán todo lo salvaje y bajo, toda debilidad y ruindad, cuando el rey Guillermo reunió el 19 de julio en Berlín el parlamento de la confederación del Norte de Alemania, cuyo día era también memorable para el rey Guillermo por ser el de la muerte de su madre, la reina Luisa.

Su esposo el rey Federico Guillermo III fundó en el aniversario del nacimiento de esta reina (el 10 de marzo de 1813) la condecoración de la Cruz de Hierro, y en el aniversario de su muerte (el 19 de julio de 1870) su hijo Guillermo I res-

tableció la misma condecoración por un decreto en el cual decía: «En vista de la grave situación de la patria y como recuerdo de las heroicidades de nuestros mayores en los memorables años de la guerra de la independencia, quiero restablecer en toda su importancia la orden de la Cruz de Hierro, fundada por mi difunto padre. Se concederá la Cruz de Hierro, sin diferencia de clase ni categoría, como recompensa del mérito adquirido tanto en la lucha armada contra el enemigo como en otros actos á favor del honor y la independencia de la patria.»

Por la mañana de aquel mismo día recibió en el antiguo palacio real á los diputados de la confederación del Norte, pronunciando un discurso del trono, en el cual, después de recordar la incalificable conducta del enemigo eterno del pueblo alemán, dijo estas palabras memorables: «Si en siglos pasados la Alemania soportó en silencio semejantes injusticias y ofensas á su derecho y á su honor, fué porque, en su división, no conocía su fuerza. Hoy, cuando el lazo de unión legítima que empezaron á fundar las guerras de independencia une á los pueblos alemanes cada día con mayor fuerza; hoy, cuando el armamento de Alemania no ofrece al enemigo ningún punto flaco, la Alemania lleva en sí misma la voluntad y la fuerza de rechazar los ataques temerarios y brutales de la Francia. Cuanto más convencidos están los gobiernos aliados de haber hecho todo lo que les permiten el honor y la dignidad para conservar á la Europa las bendiciones de la paz, y cuanto más evidente es para todos que se nos obliga á echar mano á la espada, tanto mayor es nuestra confianza al dirigirnos, apoyados en la voluntad unánime de los gobiernos alemanes, así del Sur como del Norte, al amor patrio del pueblo alemán, llamándolo á la defensa de su honor y de su independencia. Lucharemos, siguiendo el ejemplo de nuestros mayores, por nuestra libertad y nuestro derecho contra la arbitrariedad de conquistadores extranjeros; y en esta lucha, en la cual no nos guía más objeto que asegurar de un modo duradero la paz de Europa, estará Dios con nosotros como lo estuvo con nuestros mayores.» A las dos de la tarde tuvo el parlamento su primera sesión, cuyo presidente Simson dió la palabra al conde de Bismarck, canciller de la confederación del Norte, para una comunicación, y en medio del más profundo silencio se levantó y dijo con su tono de voz acostumbrado, sin manifestar su agitación interior: «Participo á la cámara que el embajador francés me ha entregado hoy la declaración de guerra de la Francia.» Estas palabras fueron contestadas por una nutrida salva de aplausos, y cuando se hubo calmado el entusiasmo general continuó el canciller: «Después de lo que S. M. ha dicho antes al parlamento, no tengo que añadir nada á la comunicación de este hecho.» A estas palabras siguió otra explosión de entusiasmo y el canciller se retiró.

Hasta aquí tanto en el Norte como en el Sur de Alemania, el pase del estado de paz al de guerra, en el más pacífico de todos los pueblos, se había efectuado tan lisa y llanamente como si lo que había ocurrido fuese lo más natural del mundo, y así hubiera continuado si aquel mismo día 19 de julio no hubiesen sucedido en Munich cosas que parecían destinadas á demostrar que acababa de efectuarse una gran transformación, á la cual no todos los que se llamaban alemanes habían podido adaptarse.

La noticia de la entrega de la declaración de guerra del gobierno francés y la consiguiente partida de Berlín de su embajada, llegó á Munich por la tarde, cuando iba á celebrarse la sesión decisiva de la cámara de diputados, á la cual el ministro de la Guerra de Baviera había presentado el día antes un proyecto pidiendo cinco millones de florines para la movilización y 21 millones de florines para la manutención

del ejército en pie de guerra hasta fin de año. Después de haber presentado este proyecto el ministro Bray manifestó que aunque había quedado resuelta la cuestión española el día 12 de julio con la renuncia del príncipe de Hohenzollern, al día siguiente el embajador francés, por medio de nuevas exigencias, había planteado la cuestión alemana y la Baviera había tenido que seguir también los preparativos de guerra comenzados el 16 de julio, y de los cuales no habían podido excusarse tampoco países neutrales como la Suiza y la Bélgica. «No ha habido declaración de guerra de ninguna parte. Continúan las tentativas mediadoras de las grandes potencias, en las cuales también toma parte la Baviera; pero estas tentativas tienen poca probabilidad de éxito. También tenemos que oír la opinión importante de esta cámara.»

El partido de los «patriotas», en la mayoría de la cámara, hizo que pasara el proyecto á una comisión, en nombre de la cual el diputado Jorg expuso á la cámara el dictamen correspondiente en la sesión del 19, abierta á las cuatro y media de la tarde. Su discurso era ya inoportuno después de la declaración de guerra, pues la neutralidad armada que pedía la comisión no tenía razón de ser, cuando por la declaración de guerra entraba en vigor el primer artículo de la alianza ofensiva y defensiva del 22 de agosto de 1866, en cuyo artículo se decía: «Las dos altas potencias contratantes se garantizan sus respectivos territorios en caso de guerra, y pondrán mutuamente á disposición de la parte agredida toda su fuerza armada.» No siendo la Baviera país reconocido por todas las potencias como neutral, como lo son la Bélgica y la Suiza, solo podía mantenerse neutral, una vez declarada la guerra, si la Francia y la Prusia lo consentían. «La Francia, dijo el diputado ponente, lo ha ofrecido, y si he oído bien, garantizándonos expresamente el Palatinado. Hasta ayer no ha manifestado todavía la Prusia su opinión tocante á nuestra neutralidad, que sería para ella una gran ventaja porque nuestro país le cubriría su flanco izquierdo.»

El diputado que así hablaba desconocía que á la sazón no se trataba de un asunto particular de la familia de Hohenzollern sino de un caso que interesaba á toda la Alemania, y por otra parte tuvo la torpeza de hablar con gran seriedad del ofrecimiento hecho por el gobierno francés de garantizar á la Baviera el Palatinado. No comprendía que la neutralidad de Baviera era para la Prusia moral, política y militarmente imposible; porque al consentirla hubiera renunciado á todos sus derechos como atacada, con manifiesta infracción del convenio del 22 de agosto, y finalmente desde el punto de vista militar, la Prusia habría tenido que renunciar á tomar posiciones con sus aliados en el Palatinado, cuyo territorio debía quedar garantido por esto mismo contra el extranjero. El diputado Sepp, aunque individuo del partido de los patriotas, contestó á las divagaciones de su colega diciendo: «Entre ayer y hoy han pasado diez años; el dictamen de la comisión redactado ayer no viene ya al caso hoy; ayer todavía era posible la paz, pero hoy está declarada la guerra; ayer pudimos pensar todavía en nuestra neutralidad, pero hoy conocemos el discurso de la corona del rey de Prusia, que habla con completa confianza de la cooperación de los Estados de la Alemania del Sur; ayer podíamos quizás creer que nuestra neutralidad cubriría á la Prusia, pero hoy la Prusia no reconoce esta neutralidad. ¿Quién pregunta hoy todavía por el motivo de la guerra? El motivo se vió ya en la cuestión del Luxemburgo; nosotros los bávaros no tomamos parte en la batalla de Leipzig, pero ya que ha de ser, no faltaremos en la nueva batalla nacional. (*Aplausos ruidosos*.) Ayer todavía pudimos acordarnos del mal que sufrimos en 1866, pero hoy se despierta en todos los varones alemanes, viejos y jóvenes, el humor belicoso contra los extranjeros

neo-latinos. Si no se espantan los hombres del Palatinado, que tienen el peligro inmediato, ¿cómo hemos de retroceder tímidamente nosotros? Los que hoy quieren hablar en una cámara deben medir bien sus palabras. Jamás en mi vida he trabajado tan asiduamente como ayer al redactar mi discurso; quise hablar á favor de la neutralidad, pero hoy todo este trabajo no sirve. Las guerras pueden ser aplazadas, pero un día ú otro se han de hacer, y si se aplazara la actual, pasaríamos una continua agonía, peor que el combate y la muerte. Lo que más me ha indignado es que se nos hayan enviado cartas de Francia diciendo que éramos compañeros de armas y que había llegado el tiempo de vengarse de la Prusia. ¡No! Nosotros también somos alemanes, y no alemanes



Prankh
ministro de la Guerra de Baviera (según fotografía)

afrancesados.» También hablaron con gran energía contra el dictamen de la comisión los diputados Fischer, Gerstner, Hormann, Volk y Edel, y le defendieron los diputados Westermaier, Ruland y Greil.

El ministro de la Guerra, Prankh, decidió la votación de la cámara diciendo que los que quisieran salvar la independencia de Baviera debían cuidar de que cumpliera con su deber como Estado alemán; que él era muy conocido por sus opiniones particularistas y no obstante decía: hagamos nuestra causa de la Alemania, pues de otro modo estamos perdidos y seremos el objeto con el cual los beligerantes se entenderán muy pronto. Señores, abandonemos todo espíritu particularista y demos al olvido lo pasado. Si vuelve á entrar la paz en el país, acaso se establecerá también la paz en esta casa. Esto dice á la cámara un bávaro legítimo de antigua estirpe, pero que también es alemán.» (*Aplausos prolongados*.) El resultado fué que el dictamen de la comisión fué rechazado por 89 votos contra 55, después de lo cual se concedió por la mayoría el crédito pedido por el gobierno. Cuando los diputados salieron á las once de la noche de la cámara, fueron recibidos por la multitud del pueblo entusiasmado, que les acompañó por las calles. Los ministros comunicaron inmediatamente el resultado á Berlín y al día siguiente, 20 de julio, envió el rey Guillermo al rey de Baviera este telegrama: «Recibido el telegrama de sus ministros, he tomado inmediatamente el mando de su ejército, agregándolo al tercer ejército, cuyo jefe es mi hijo. La soberbia inaudita nos ha sa-